

SEGUNDO MILAGRO.

CURACION INSTANTÁNEA Y PERFECTA DE LA RDA. M. MARÍA LUISA DE LA INMACULADA CONCEPCION, RELIGIOSA PROFESA EN EL VENERABLE MONASTERIO DEL DIVINO AMOR, DE MONTE-FALCO, ATACADA DE UN CÁNCER ULCEROSO DEL ESTÓMAGO.

1. El gérmen fatal de la enfermedad del estómago que sufrió prolongada y cruelmente María Luisa de la Inmaculada Concepcion, lo trajo en su nacimiento. Su madre padecía del estómago, y su madre sucumbió á consecuencia de una gastritis. Ella misma, desde su más tierna edad estuvo sujeta á muchas enfermedades estomacales y padecía frecuentes vómitos. En 1845, á la edad de siete años fué admitida como discípula en el monasterio del Divino Amor en San Eusebio de Roma, donde permaneció hasta 1849, allí sufría ya del estómago; experimentaba ansias, anorexia y náuseas. Al salir de pensión subsistieron las mismas enfermedades; el uso de baños, las pociones refrescantes y las sangrías frecuentes no procuraron mejoría alguna. En este estado de salud, la joven bebió inconscientemente gran cantidad de rom, con lo que añadió nuevo pábulo al fuego interior que la devoraba. Los dolores de estómago y los vómitos sanguíneos vinieron á juntarse á los otros síntomas, y la enferma, que estuvo en peligro de muerte, con mucho trabajo logró apenas restablecerse algun tanto, merced á los remedios que se le administraron. No habiendo sido completa su curacion, próbese un clima más saludable y ordenáronse baños de mar, pero todo sin provecho alguno. Llegóse así hasta el año 1857, en el cual á fines de marzo la joven fué atacada gravemente del sarampion, y apenas curada esta enfermedad, hicieronse sentir cada día más los dolores de estómago acompañados de vómitos.

2. Tal era el estado de salud de María Luisa, cuando entró, á la edad de diez y nueve años, en el monasterio del Divino Amor, en Monte-Falco, en setiembre de 1857.

Al cabo de diez meses, en julio de 1858, vistió el hábito monástico. El nuevo género de vida pareció más perjudicial que saludable á la religiosa, pues su enfermedad aumentó gradualmente; los dolores de estómago fueron más intensos y más frecuentes los vómitos, sobreviniendo luego desmayos. Más aún, por Pascua del año 1860, apareció una mancha livida exterior en la region del estómago. Aunque la enferma procurase cuidadosamente ocultar la gravedad del mal á sus compañeras, no pudo permanecer mucho tiempo ignorado. Llamóse al Dr. Bernardo Mancinetti, quien ordenó que la enferma se acostase; mas no pudo pronunciar un diagnóstico cierto; porque la novicia, temiendo que el descubrimiento de la gravedad de su dolencia impidiese su profesion religiosa, no indicó, por más que se lo pidieron, todo lo que habia sufrido y sufría aún, y disimuló muchos incidentes. Sin embargo, el médico la sometió á un tratamiento severo, echándose mano de vejigatorios, de pociones refrescantes y de repetidas sangrías. Durante aquel tiempo el vientre se hinchó, y luego sobrevino la disuria, la diarrea, las ansias, la dispnea, la disminucion de fuerzas, los vómitos de materias asquerosas y numerosos síncopeas.

3. Despues de haber permanecido cuarenta dias en cama, pareciendo ceder la violencia del mal, se levantó, pero persistían los síntomas mórbidos, aumentaban los dolores de estómago, á lo que se añadía una penosa sensacion de pesadez; estaban doloridos el fémur y el brazo derecho, y la lividez que aparecía á las miradas, era cada vez más visible y acentuaba un tinte más sombrío; por último, siendo en julio mayores las ansias, la enferma arrojó por la boca cierta cantidad de sangre, así cuajada como líquida, vómito que disminuyó por el pronto sus sufrimientos. Entonces se preparó para su profesion religiosa que tuvo lugar el 26 de agosto de 1860, mas los vómitos atestiguaban la persistencia tenaz de la enfermedad: los dolores estomacales atormentaron aún cruelmente á la fervorosa religiosa dos dias antes de su profesion y el día mismo de esta solemnidad.

4. Desde el día de la profesion religiosa hasta el 21 de octubre de 1860 los accidentes mórbidos fueron tales, que el hombre menos experimentado hubiera colegido ciertamente que la enfermedad hacia progresos y presagiaba un término fatal. Apareció una agravacion manifiesta é inquieta en los fenómenos mórbidos. Los ménstruos, en

otro tiempo ya irregulares, habían cesado desde tres meses, y no se mostraron más durante el curso de toda la enfermedad.

Los dolores cada vez más vivos del estómago invadieron las otras vísceras y aun los miembros exteriores, y tenía enferma hasta la cabeza. Aumentándose el desorden de las funciones digestivas, aumentó la anorexia, y en los vómitos arrojaba materias amarillo-negruzcas. La diarrea era muy fuerte, y las evacuaciones excrementicias llenas de materias mucosas, sanguinolentas y fétidas. María Luisa estaba devorada por la calentura hética y la sed; su debilidad la anquilaba; su flaqueza era extrema; la tos y los síncope no cesaban de hacerla sufrir; el dolor, las ansias y el insomnio la privaban de todo descanso. Todos los remedios eran inútiles, y el médico, desalentado, afirmaba que debía existir un cirro ó por lo menos una lesión grave del estómago, aunque el tumor y el vólvumen indicasen más especialmente la apariencia del cirro.

5. En los últimos días que precedieron á la fiesta de san Rafael, la enferma no podía soportar ningún alimento ni bebida, todo lo vomitaba: los otros fenómenos mórbidos recrudescían constantemente, á los que se añadió la anuria, y la supresion de las funciones alvinas causaba á la paciente atroces dolores. En este estado de sufrimientos agudos, la enferma creyó suavizar sus males tomando un baño el 24 de octubre de 1860, pero nada logró, y volvió al lecho completamente desanimada. La Hermana enfermera, viendo en exceso afligida á la infeliz María Luisa, aconsejó á su amiga que recurriese á la intercesion del bienaventurado José Labre, cuya imagen estaba colgada de la pared de su celda. Mas la enferma, impacientada por su excesivo dolor y tristeza, contestó: *No quiero hacer sino lo que hará por mí.* Mirando entonces la Imágen bendita, encima de la cual estaba suspendido el crucifijo, y apostrofándole de una manera más bien napolitana que toscana, dijo: *O devuélteme la salud, ó te echo al fuego con la cruz que tienes encima.* Mas al momento un sentimiento del todo opuesto dominó su alma piadosa; manifestó á su compañera su pesar por las palabras ofensivas que acababan de escapársele, pidió humildemente perdon al Bienaventurado, y despidió á la Hermana para que fuese al coro, despues de suplicarle que cerrase la ventana de su celda, y quedó casi abismada.

6. Ahora bien, hé aquí que en medio del silencio ge-

neral, sólo interrumpido por el canto regular de las religiosas, apareciósele á la enferma un jóven cuyo rostro llevaba impresas las señales de un gozo celeste, y rodeado de luz. Dice que es Benito José, y haciendo la señal de la cruz sobre la frente, el estómago y el abdomen de María Luisa, le anuncia que está curada, y despues de darle provechosas instrucciones, desaparece en medio de Angeles, envuelto en brillante nube. Maravillada la religiosa, se palpa y mira para ver si existían los cánceres de su mal; todo había desaparecido. No había ya en la region del estómago ni color livido, ni tumor, ni dureza. Levántase, y al volver la Hermana enfermera, suplicale que haga venir á la abadesa, á la cual refiere que Benito José la ha curado. Por orden de la superiora se viste prontamente y baja al refectorio, donde come con gusto de lo que estaba servido en la mesa de las religiosas; luego, como tuviese aún apetito, danle otros alimentos más sustanciales, y por último bebe dos vasos de vino puro. Participó de la cena, y comió en ella carne de buey y locino, legumbres y queso. Habían recobrado su curso normal todas las funciones orgánicas, tales como se cumplian en el más perfecto estado de salud; había desaparecido todo dolor, lo mismo que toda incomodidad. Acostóse y durmió perfectamente. El dia siguiente y sucesivos continuó el bienestar como si nunca hubiese estado enferma; cumplió alegremente los deberes de su estado, aun los más rudos, y observó las Reglas y ayunos de la Comunidad. Su salud, en una palabra, era completamente buena.

Del primer término del milagro, ó del carácter y de la gravedad de la dolencia.

7. Para tratar uno á uno los puntos que acabamos de exponer en este rápido relato, debemos empezar por establecer la naturaleza del mal que padeció María Luisa. No puede negarse que el asiento de él estaba en el estómago. Aquí, en efecto, había el dolor, la pesadez, la turgencia, la dureza, la lividez, el desorden de las funciones, en una palabra, el estómago era el centro de todos los males cuya accion llegaba á todo el organismo. Los hechos demuestran suficientemente que la religiosa llevaba al nacer por via hereditaria este gérmen de enfermedad estomacal. *Recurdo* dice María Luisa, hablando de su

padre, que padecía del estómago. De su madre dice: *Su última enfermedad fue una inflamación de estómago.* Y de su hermano: *Desde su tierna edad padeció del bazo y del estómago.* Nuestra religiosa sufrió también desde su infancia males del estómago. «Muy joven aún, dice ella misma, y desde que tuve edad de razón, recuerdo muy bien haber padecido del estómago: experimentaba pesadez, calambres, dolores ligeros, malestar, náuseas y de hecho vomitaba algunas veces.»

8. No podía digerir los más ligeros alimentos, ni siquiera las bebidas, y eran frecuentes sus vómitos. «Me prescribieron, dice, el uso de la leche de burra; mas no la digería... Mi madre atribuyó mi mal de estómago al café que tomaba en el desayuno, y lo substituyó por una rebanada de pan con jugo de limón, lo que provocó vómitos más violentos; y cuando al cabo de algunos días se advirtió este hecho, diéronme caldo de ternera con un poco de pan ó bizcocho. Retenia esto más fácilmente, pero al fin también lo arrojé, y muchas veces los de mi familia tenían que venir á buscarme en la escuela y llevarme en brazos á casa por haber vomitado.» Transcurrida su infancia, pasó tres años en el monasterio del Divino Amor, donde aumentaron los males de estómago. «Durante mi estancia en el monasterio, dice, usé alimentos sanos, y no obstante padecía siempre del estómago: todo alimento me repugnaba. Sentía en el estómago irritación continua é incesantes náuseas, que á veces provocaba efectivamente el vómito. Llegué no obstante á no vomitar en un mes. En el monasterio, habiéndome dado las legas dos ó tres veces algunas tajadas de carne salada ú otra cosa análoga porque sentía apatía, lo arrojé al instante.» Después de su salida del monasterio el mal persistió. «No me dejaron el mal de estómago, los calambres y las náuseas.» Usó de diferentes remedios, pero sin éxito. «Sentía siempre, dice, las mismas incomodidades.»

9. Hacia el año 1855 la absorción de un licor fuerte hizo que el estómago, ya en tan mal estado, fuese atacado de una violenta gastritis. La misma María Luisa refiere el hecho en estos términos: «Cierta día tomé á escondidas, y de concierto con una joven de mi edad, una botella de ron, que vaciámos durante el día bebiendo por turno la mitad de un vaso cada vez. Este hecho tuvo lugar en Porto cerca de Fiumicino.» Luego añade: «La noche siguiente tuve extraordinaria calentura; sentí ardor en todo

el cuerpo y experimenté violentos dolores de estómago: lleváronme á Roma, y fui encomendada á la asistencia del Dr. Tridenti, quien me sangró y aplicó sanguijuelas, primero en el estómago y después en el ano. Continuaron empero los dolores estomacales, y vomité materias verdosas: al cabo de pocos días arrojé sangre, cuajada en parte, y eso durante unas dos horas: entonces se me administraron los santos Sacramentos, comprendida la Extremaunción. Mi estado mejoró algun tanto; pero la enfermedad persistió unos cuatro meses, con calentura intensa, dolores de estómago y cotidianos vómitos, arrojando á veces grumos de sangre.»

10. El empleo continuo é inteligente de la medicación antiflogística alejó sin duda la muerte, pero no restituyó completa salud á la joven; pues del uso de los baños y de la permanencia en la campiña de Túsculo y en la Sabina, volvió á Roma, enferma siempre, y su estado emperó en vez de mejorar.» En los primeros días de octubre regresé á Roma donde, á pesar de todos los tratamientos, continuaron mis dolores de estómago.» El año siguiente de 1857 el estómago no estaba curado aún, pues á causa de un fuerte sarampion que padeció la joven, se produjeron nuevos síntomas del mal estado del estómago. *Curada del sarampion, dice ella misma, me sentí algo mejor, á pesar de los dolores de estómago que sentía siempre más ó menos, y á pesar de los cotidianos vómitos que sobrevenían de día ó de noche, en los que arrojaba ora baba, ora alimentos. Tal era mi estado sanitario cuando, en setiembre de 1837, entré en el monasterio para hacerme religiosa.*

11. En los tres años de su permanencia en el monasterio hasta el momento en que fué curada por el bienaventurado Labre, la joven padeció constantemente del estómago; y el mal, al principio benigno, acabó por ser gradualmente más grave. ¿Qué enfermedad era esta? El médico, aunque á causa de las retenciones de la religiosa, no conoció todos los antecedentes del mal, juzgó que se trataba de un cirro. «Inclinábame á creer, dice, que era un cirro.» Hubiera sido también de esta opinión, aun cuando hubiese tenido conocimiento de la gastritis anterior, pues los maestros en el arte médico cuentan el cirro del estómago entre los males que son consecuencia de la gastritis, como enseña Valentini en su *Tratado de las inflamaciones*. Más aún, la absorción que dió nacimiento á la gastritis podía por sí misma determinar la

evolucion del cáncer, segun estas palabras de Antonio Scarpa: «Las causas determinantes del desarrollo del principio mórbido depositado por las fuerzas vitales y latentes en el cirro, y luego su degeneracion en cáncer, son estimulantes internos y externos, capaces de excitar la accion vascular de la glándula cirrosa hácia un proceso inflamatorio y supurativo. (*Memoria sobre el cirro y el cáncer*).» Respecto a la accion de las bebidas irritantes, el ilustre Velpéau se expresa así en su tratado intitulado *Causas ocasionales del cáncer* (pág. 538): «¿Qué hay más expuesto a la accion irritante de las bebidas, alimentos ó materias ingeridas que el estómago?»

12. A esta causa se unió la irregularidad, la exigüidad y finalmente la supresion del flujo menstrual. Los maestros de la ciencia médica cuentan esta anomalia en el número de las causas ocasionales del cáncer. Jamet refiere que el ilustre Denys observa que las mujeres más sujetas á las afecciones cancerosas son las que pasan de cuarenta y cinco años, ó las que siendo más jóvenes padecen irregularidad en los ménstruos. (Jamet. *Dict. de méd.* en la palabra cirro, t. 10, p. 480). Roche y Sanson escriben: *En el mayor número de casos el cirro es causado por golpes, por la supresion de los ménstruos y del flujo hemorroidal.* (Nov. élém. de patholog. t. 1, p. 654). Ahora bien, nuestra religiosa refiere lo que sigue: «Tuve los ménstruos por primera vez á la edad de quince ó diez y seis años... en lo sucesivo su aparicion fué irregular y siempre promovida por alguna medicacion.» Añádese á esto la deposicion del testigo quinto: «Respecto á los ménstruos eran poco abundantes algun tiempo despues que tomó el hábito, y despues cesaron por completo.» El tercer testigo dice: «Faltáronle los ménstruos hasta la época de la curacion.»

13. Este diagnóstico, que el criterio etiológico indica, lo confirma luminosamente el conjunto de los fenómenos. Al primer periodo de la enfermedad, más suave y benigno, siguieron progresos graduales y de agravacion en el mal. «La enfermedad (dice Bayle) se enuncia comunmente por un malestar en la region epigástrica, sucediendo al cabo de poco tiempo una incomodidad habitual, un dolor sordo y profundo en la misma region, digestiones dificiles, con desarrollo de gas en el estómago y los intestinos, y vómitos de vez en cuando. Bayle, *Trait. de pathol. méd.* art. *Cáncer* p. 461.» Sirvanse los reverendísimos Padres recordar aquí lo que hemos dicho del es-

tado sanitario de la enferma antes de su entrada en el monasterio, añadiendo lo que ella misma refiere de su salud en los primeros años de su estancia en el convento. «En los diez primeros meses, dice, me encontré bastante bien, aunque experimentase siempre un ligero dolor en el estómago, calambres y náuseas, casi nunca, sin embargo, seguidas de vómitos. El 11 de julio de 1858 vestí el hábito monástico, y desde esta época, durante un año poco más ó menos, mi estado empeoró gradualmente, aumentaron los dolores estomacales y tuve frecuentes vómitos: procuré, no obstante, que las religiosas no lo advirtieran, y así no supieron mi mal, pues temia ser excluida de la profesion. Limitéme á decir á la maestra de novicias que padecia del estómago cada vez que la violencia del mal me impedía consagrarme á los ejercicios comunes.»

14. La maestra de novicias confirma este testimonio: «Poco antes de la toma de hábito empecé á enflaquecer, y decia simplemente que experimentaba alguna dificultad en digerir, etc... Despues de vestido el hábito se enflaqueció y debilitó cada vez más: observé que el magro y los alimentos más comunes le probaban bien. A veces no la veia en el noviciado, y preguntando á sus compañeras donde estaba María Luisa, una de ellas me decia en secreto que se habia retirado para vomitar. Supe tambien que dormia poco, que caminaba con dificultad y que padecia mucho de flatos.» Los otros testigos usan de idéntico lenguaje, como es de ver en sus deposiciones.

15. Un año despues de la toma de hábito la enfermedad se hizo más intensa. Entró en un nuevo periodo, como lo indicaron los vómitos más frecuentes y abundantes, segun enseña Lebert: «Tal es el primer orden de los síntomas, que insensiblemente pasan al segundo, en el que se observan vómitos cada vez más abundantes. (*Trait. géner. des malad. cancer.* p. 342).» Esto es lo que le sucedió á María Luisa en 1859, como ella misma nos lo dice: «Al cabo de un año de vestir el hábito empeoré de cada dia más, hasta el punto de que por las Temporas de setiembre de 1859 eran tan abundantes los vómitos, que no podia contenerme en presencia de mis compañeras sor María Magdalena, sor Margarita y sor Serafina, y esforzábame por hacerles creer que mis vómitos procedian del pescado frito que habia comido. Desde esta época (continuoando en guardar silencio sobre mi verdadero mal) me

sentí cada día más enferma, por cuya razón en el Adviento del mismo año la maestra de novicias me dispensó de la observancia del ayuno y permitiéndome el uso de la leche, lo mismo que en los otros días de ayuno prescritos por la Regla.» El testigo séptimo declara á su vez lo que sigue: «Puedo decir que en el convento empeoró su enfermedad del estómago, pues, aunque ocultaba su verdadero estado, advertíase que sus digestiones eran penosísimas: por la noche se la oía gemir; los dolores del estómago eran más violentos que antes, creo también que vomitaba, y repetidas veces me despertaron su agitación, sus gemidos y el trastorno de su estómago.» Este mal importuno acabó por darse á conocer en la turgencia de la región epigástrica. «Después de vestir el hábito, dice la religiosa, recuerdo que reapareció un tanto la hinchazón, que fué en aumento hasta el instante de la curación.» Al entumecimiento añádióse una sensación de pesadez. «María Luisa; dice el testigo quinto, se quejaba de sentir interiormente, en el fondo del estómago, y casi de continuo la hinchazón y la pesadez que le dificultaban la respiración: esto le duró todo su noviciado, y persistió aún después de su profesión con mayor grado de intensidad.

No se engaña, pues, Valentini cuando enseña que el cirro del estómago se reconoce por los vómitos, *por el entumecimiento y la tensión de la viscera afectada, la que produce por su peso y masa una especie de tracción sobre partes muy sensibles.*

16. Progresando la dolencia, durante la Cuaresma de 1869 dió señales más visibles de su gravedad. Los desórdenes y las incomodidades del estómago eran tales, que la enferma perdía el conocimiento y padecía ansias: la degeneración interna del tejido se revelaba al exterior por el color lívido de la piel. «Mi mal de estómago (refiere la religiosa después de su curación) aumentó más y más durante esta Cuaresma; atacáronme síncope repetidas veces: para no caer desvanecida en el coro, cuando sentía que se apoderaba de mí un sudor frío, me retiraba, y apenas salía y me sentaba, perdía el conocimiento.» Luego añade: «El lunes Santo tuve un largo desvanecimiento que asustó mucho á las Hermanas, ignorantes hasta entonces de la gravedad de mi estado. Habiendo venido para otra enferma el Dr. Mancinetti, víome por primera vez: me preguntó si había padecido otra vez este mal, y yo se lo oculté, y sólo le hablé del sarampion. Entonces me

ordenó que tomase cañafistola, pero la vomité; poco después mi confesor me permitió beber caldo. Durante los días de la Semana Santa observé en el estómago un color lívido, amarillo oscuro, pero no lo dije á nadie. Transcurrida aquella semana me sentí peor, por esto en la segunda fiesta de Pascua, el día de Quasimodo se llamó al mismo doctor, quien me visitó en el locutorio, y me ordenó que me acostase, pues tenía calentura.» Explicando, por último, cómo conoció el tinte lívido en el sitio del estómago, dice: «No conozco otra causa que pudiera ocasionar esa lividez sino el mal de que ya he hablado, puesto que desde mi entrada en el monasterio no había hecho ninguna aplicación de sanguijuelas, ni otro remedio alguno, ni había recibido ningún golpe: si me apercibí de ella fué porque sintiendo un dolor más grande que de costumbre, me ví obligada á quitar la ballena del corsé para experimentar algun alivio.»

17. Lo que padeció la enferma durante esta dolorosa Cuaresma nos lo confirma en los siguientes términos su compañera María Magdalena de San Francisco de Sales: «En la segunda Cuaresma después de su entrada en Religión empeoró el estado de María Luisa; sufría mucho, y por la mañana principalmente se quejaba de dolores de estómago: tenía entonces calambres y vómitos; vomitaba una materia acuosa, y padecía temblores, sudores fríos, y estaba harto débil para venir con nosotros al coro, donde se nos unía algunas veces. Probó tomar un poco de café, lo que al parecer le aprovechaba. Cerca de la Pascua tenía calentura por la noche.» Y poco después: «Antes de esta enfermedad (esto es, antes de la recrudescencia del mal que tuvo lugar durante las fiestas pascuales) María Luisa, habiendo oído decir que á cierta persona le había probado el uso de harina mezclada con anís, tomó esto con dos cucharadas de agua, lo que le produjo tanta turbación y tales dolores en el estómago que se creyó perdida, pero después de dar un corto paseo por el huerto con su compañera sor Serafina, pudo vomitar y sintióse aliviada. Durante esta enfermedad de Pascua, á la que acabo de referirme, tuve ocasión de ver su cuerpo hinchado, y si lo estaba el estómago en particular no lo recuerdo. Sólo ví en él una mancha de color sombrío y como lívido, poco más ó menos del tamaño de un escudo: ignoro igualmente si esta mancha era antigua ó reciente.»

18. A mi parecer deben notarse aquí dos cosas: la vio-

lencia de los dolores que movió á la enferma á examinar la region epigástrica, y las ligeras calenturas que en lo sucesivo (como veremos luego) suministraron al médico, que ignoraba los hechos precedentes, ocasion de diagnosticar que el principio de esta dolencia fué una gastritis lenta. Los dolores indican sobre todo la degeneracion, del cirro en cáncer. En esta materia están concordes los autores antiguos y modernos. «El signo que distingue el cáncer del cirro, dice Van Swieten, es el dolor. (*Comment. sur Boerhaave*).» Entre los modernos no habian de otro modo Leber y Valentini ya citados. «Llegamos, dice el primero, á nuestra cuestion importante, al del valor patognómico de los dolores, y vemos tambien en este sintoma una de las señales más propias para ilustrar el diagnóstico... No conocemos, en efecto, ninguna enfermedad del estómago tan dolorosa como el cáncer. El dolor es por consiguiente uno de los síntomas que hemos de tomar más en cuenta. (Lebert, lugar citado).» Valentini se expresa á su vez del modo siguiente: «El cirro, primero benigno, causa mucho mal... cuando llega al estado agudo; pero al transformarse en cáncer hace sufrir los más atroces dolores. (Lug. cit.).» Respecto á las calenturas, no es extraño encontrarlas en una enfermedad apríctica, pues la calentura héctica está clasificada entre los principales signos de la caquexia cancerosa despues del enflaquecimiento de que nos han hablado ya los testigos... «Los síntomas, dice J. B. Monteggia, de esta caquexia son el enflaquecimiento, la calentura héctica, los dolores osteoépícos... un tinte amarillo de la piel. (*Instit. chirurg.* part. 1, cap. 15, § 1,066.)» A causa de estas calenturas llamóse al médico el día siguiente de Pascua, y aunque mantenido por la enferma en la ignorancia de sus antecedentes, prescribió un tratamiento antilogístico, como resulta claramente de la inspeccion de los testigos: «Tales calenturas» dice el testigo quinto, continuaron y áun se hicieron más intensas; por cuya razon el segundo día de Pascua, habiendo venido al monasterio el Dr. Mancinetti para asistir á otra enferma, vió al mismo tiempo á María Luisa; la encontró con calentura, y le ordenó que se acostase.»

19. Oigamos ahora el relato de la enferma y el del médico. «El lunes Santo, dice la primera, vino el médico á ver á una de mis compañeras enfermas, y me visitó igualmente; preguntóme si habia padecido alguna enfermedad anterior, y sólo le hablé del sarampion. Me prescribió ca-

ñafistola, mas la vomité á poco de haberla tomado.» Al mismo tiempo el médico le ordenó que se acostase. «Me ordenó que fuese á la cama, declarando que tenia calentura.» Luego refiere la sucesion de la enfermedad: «Guardé cama, pues, por órden del médico, y permanecí en ella cuarenta días: durante este tiempo, conforme á la prescripcion del doctor, me aplicaron sanguijuelas en el estómago, en el cuerpo y en las venas hemorroidales; me sangraron en el brazo, en el que aplicaron vejigatorios, é hice constante uso de refrigerantes. Como tenia el cuerpo algo hinchado y experimentaba dificultad de orinar, el médico me trató por las fomentaciones. Me hizo observar rigurosa dieta, permitiéndome sólo el uso del caldo y de la sé-mola; pero los vomitaba á veces; las náuseas no me dejaban nunca. Cierta dia, habiéndome dado mi compañera sor María Margarita, cediendo á mis instancias, una ligera rebanada de pan con manteca, tuve calambres de estómago y lo vomité casi al momento. Por la mañana y á veces durante el día tomaba un poco de café puro; era lo único que admitia mi estómago. Las materias que arrojé en el curso de estos cuarenta días eran por lo comun viscosas, amarillentas, amargas, y á veces simplemente salivosa espesa; en una ó dos ocasiones no más presentaron un color sombrío parecido al del café negruzco. No tenia sueño. Durante un mes tuve más ó menos, pero de continuo, una diarrea ardiente. Experimenté tambien en aquella época dificultad de respirar y mucha debilidad. Tuve asimismo, cierta noche, un fuerte síncope, independientemente del que tuve en ocasion de una sangria. De día el color de mi piel era amarillento y picado como el de una gallina; por la noche era rojo y redoblaba la calentura.»

20. Véanse ahora las palabras del médico: «La primera vez que fui llamado para sor María Luisa fué el 19 de abril de 1860. Hallé su fisonomia muy alterada y enflaquecida; y reconocí luego, á pesar de que me ocultó el anterior estado de su salud, que hacia mucho tiempo que estaba enferma. Le pregunté qué tenia, y me contestó que dolores de cabeza, sed extraordinaria, sufrimientos en la region epigástrica, eructos ácidos, vómitos, calambres y flatos; pero me dió á conocer todos estos síntomas de una manera imperfecta, un día más, otro menos, durante el curso de su enfermedad, por lo que diagnosticué una gastritis crónica. La sometí á repetidas sangrias, generales

y locales, y le prescribí bebidas mucilaginosas y refrescantes, rigurosas dietas, y todo lo que el arte prescribe en tales casos. Al fin de la primera semana experimenté cierta calma; pero en breve hubo una recrudescencia del mal acompañada de calentura más ó menos fuerte, continuando así durante cinco semanas. Aflojaron luego los síntomas, que fueron menos intensos, pero subsistiendo siempre. La calentura llegó á ser levisima, mas no desapareció del todo. Era un movimiento febril tan débil, que hasta podía dudarse de la existencia de la calentura. En tal estado de cosas cesé en mis visitas, recomendando se continuase el empleo de los diluentes, de los macilaginosos y refrigerantes: para sostener á la enferma le permití el uso del caldo y de todo alimento ligero que pudiese retener. No volví á ser llamado hasta el 28 de agosto del mismo año. Recuerdo que durante mis visitas ordené vijigatorios, y que se me dijo que la enferma se quejaba de tener borborismos y de la dificultad de digerir.»

21. Si el eminente práctico hubiese estado al corriente de los antecedentes de la enferma, desde luego hubiera diagnosticado un cirro, como lo hizo más adelante. Esas señales patognomónicas que, engañado por la fiebre, atribuyó á una gastritis lenta, convienen perfectamente al cirro del estómago, segun las siguientes palabras de Hildebrand: «Los síntomas del cirro ó cáncer del estómago son por lo comun los eructos ácidos y fétidos, los vómitos de materias quimosas biliosas, aun saniosas y de mal olor... un dolor fijo y agudo en el epigastro, intermitente al principio, y despues continuo, intolerable y que impide el sueño.» Por lo demás viendo que la enfermedad se prolongaba tanto tiempo, el Dr. Mancinetti inclinó á creer, como ya he notado, que la causa del mal era un cirro. (Véase arriba, § 11). Un hombre instruido no podia juzgar de otro modo en presencia de una enfermedad que, despues de cuarenta dias de un tratamiento el más propio para combatir la gastritis, no hacia más que agravarse. Cual fué el estado de la novicia desde el momento en que abandonó el lecho hasta el dia de su profesion, las actas del proceso lo dan á conocer completamente. Vamos á citar algunos extractos, á fin de que los reverendísimos consultores se formen una idea de esa atroz enfermedad que se agrava de dia en dia.

22. «A la noche, dice María Luisa, me asaltaba cierto movimiento febril, y persistian el insomnio y la diarrea,

aunque ésta disminuyó algun tanto. Las náuseas continuaban asimismo, y vomitaba de vez en cuando: el dolor de estómago era incesante. Experimenté en el costado y brazo derecho un dolor que habia empezado en el período de los cuarenta dias, y que sufrí en otro tiempo en casa en el brazo y costado izquierdo. El brazo y costado derecho se hinchaban un poco por la noche. A proporcion que aumentaba el dolor del estómago, ensanchábase la mancha livida de que he hablado, se volvía de un amarillo más oscuro, y sentia suma pesadec en el estómago: entonces me decidí por primera vez á mostrar esa mancha livida á la maestra de novicias, que lo puso en conocimiento de la superiora.» Aquí María Luisa nos hace saber que el médico y el cirujano, despues de examinar dicha mancha, le prescribieron baños de mar, pero que cediendo á sus súplicas, para no diferir la hora de su profesion, obtuvo librarse de este tratamiento. Dicho esto, continua así su relato: «Poco tiempo despues, precisamente el dia siguiente al en que el monasterio celebró la conmemoracion de la apertura de los ojos de nuestra Virgen de los Dolores, es decir el 12 de julio, me sentí presa de calambres y de dolores más grandes en el estómago; me retiré y fui á vomitar muchas bocanadas de sangre, mitad líquida y mitad cuajada. Al entrar en la sala del noviciado, viéndome desfigurada la maestra de novicias, me preguntó qué habia sucedido, y observando que yo lloraba, díjome si queria volver al seno de mi familia. Pero á mi respuesta de que si ella supiese lo que yo sabia no me hablara así, no insistió más. Al cabo de pocos dias preguntándome mi compañera sor María Serafina lo que me habia sucedido, se lo referí en confianza. Despues del vómito de sangre me sentí algo mejor, hasta el tercer dia antes de mi profesion, que tuvo lugar el 20 de agosto de 1860. Los dos dias que precedieron á ella tuve frecuentes vómitos, y la mañana misma de la ceremonia prostré en el momento de la recitacion de las Letanias de los Santos, vomité en el pañuelo el caldo que habia tomado despues de recibida la sagrada Comunión, pues no hubiera podido permanecer en ayunas. En el instante mismo de pronunciar los votos solemnes me asaltaron violentos dolores de estómago, y no pudiendo más, tuve que suspender la fórmula ya empezada, hasta un poco antes de la emision de mis votos; despues de un momento de reposo, proseguí y terminé mi profesion.»

23. La maestra de novicias confirma este aserto. «Además de las sobredichas calenturas cotidianas, después de los cuarenta días los males del estómago continuaron con su séquito de incomodidades habituales; no tenían lugar las digestiones; la enferma no dormía; tenía calambres y náuseas; cada vez que vomitaba arrojaba materias amarillentas, y en ciertos momentos más oscuras. Un día, á mediados de julio de 1860, supe por una de sus compañeras, que en el retrete había vomitado sangre con materias en abundancia, y yo misma observé en él la presencia de dichas materias, á pesar de que lo lavó con agua. Los vómitos tenían lugar principalmente por la noche, aunque solo comía un poco de sémola y otras cosas igualmente ligeras. Recuerdo aún que habiéndole dado á escondidas su compañera María Margarita una rebanadita de pan con manteca, tuvo violentos dolores y calambres en el estómago, acompañado todo de sudor frío y grandes vómitos.»

24. Desde el día en que María Luisa pronunció sus votos hasta el momento en que fué curada á consecuencia de la vision celestial, la enfermedad hizo tales progresos que todo presagiaba al parecer la muerte próxima de la religiosa. Entonces, en efecto, no sólo los síntomas locales se mostraron en su mayor intensidad, sino que además se desarrollaron incesantemente síntomas simpáticos, cuando el cáncer, no limitándose, según costumbre, á invadir las partes próximas, á producir embarazos y desórdenes en las vísceras abdominales, extendió además á todos los miembros los efectos nefastos de su pernicioso virus. Oigamos á este propósito el relato de la Hermana enfermera, que después de la profesion de María Luisa estubo en estado de observar toda la violencia del mal en su marcha invasora. «Después de su profesion, dice, á fines de agosto de 1860, María Luisa volvió á su celda, y entonces empecé á servirle de enfermera. Estaba muy enferma en aquel momento: la calentura, como ya he dicho, era violenta; casi siempre arrojaba los alimentos poco después de tomarlos; tenía diarrea; sus evacuaciones eran de un amarillo oscuro y sumamente fétidas; su respiracion anhelosa y su flaqueza extrema; la sed la atormentaba mucho, por lo que tomaba bebidas refrescantes, principalmente de tamarindo; tuvo que suspenderse el empleo de la cañafistola, que la enferma no podía retener; quejábase de escozor en el estómago y eructaba. Le era insoportable la limonada, pues decia le helaba el es-

tómago; experimentaba dificultad por orinar, y para aliviar este inconveniente se le dió tisana de malva, ó hiciéronse fomentaciones. Acusaba dolores en el hígado y bazo; se le aplicaron sanguijuelas, y asimismo se hizo uso de cataplasmas de harina de linaza. Los dolores de estómago de que se quejaba correspondía á la espalda. El pecho estaba hinchado del costado derecho; vi el brazo de este lado entumecido hasta la mano, y que el costado derecho lo estaba igualmente hasta el pié; mano y pié aparecían asimismo ligeramente hinchados. No advertí que la hinchazon atacase el lado izquierdo; todo el cuerpo estaba generalmente entumecido. No le gustaba hablar. Muchas veces se desmayaba en el lecho; si se levantaba sentíase desfallecer, y era preciso volverla á la cama. Su debilidad era extraordinaria; no recuerdo si los sudores eran generales. Transpiraba mucho por la cabeza, y con frecuencia le habíamos de mular el gorro. Existían dolores de cabeza, y á veces en el estado espasmódico. Padecía agitaciones, y acoslábase ora de un lado, ora de otro; raras veces de espaldas. Le faltaron los ménstruos hasta su curacion.

25. Entre los diversos síntomas todavía elegimos uno como manifiesto indicio de caciquimia cancerosa; es el que resulta de la extrema flaqueza y de la tez amarilla. «La tez, dice Lebert, es generalmente pálida y anémica, ó de amarillo paja... la flaqueza y el marasmo muy pronunciados. (*Trait. de pathol. méd. art. Cáncer.*)» Comparemos este dato científico con las declaraciones de los testigos. «Estaba yo tan flaca, dice la misma enferma, que no tenía más que piel y huesos; parecia un cadáver.... Mi tez era amarilla, tanto en el rostro como en todas las otras membranas, tal mi enflaquecimiento que se me hubiera tomado por un cadáver.» El testigo once dice: «Después que vistió el hábito el enflaquecimiento aumentó de continuo, y al fin de la enfermedad, lo enjuto de sus carnes y su consuncion habían llegado á tal punto que en la cara lo mismo que en los otros miembros, no tenía más que piel y huesos. Desde la enfermedad de cuarenta dias y á consecuencia de ella se le hundieron los ojos, y páreciome que al último se le volvieron amarillos, y estaban ciertamente muy hundidos en su órbita. El tercer testigo hace observaciones semejantes. «Estaba muy enjuta de carnes, su piel picada como la de una gallina y muy floja; su aspecto era cadavérico... siempre creí que

ese color cadavérico y ese estado de consunción dependían de la enfermedad interna y no de la falta de alimento.» El testigo cuarto dice á su vez: «María Luisa estaba seca, amarilla, descarnada, como se le veía en el rostro, y estoy en la persuasión de que sucedía lo mismo en el resto del cuerpo.» Y más lejos: «Estaba tan macilenta que no tenía más que piel y huesos.» El testigo quinto: «María Luisa enflaqueció sobremanera, y se le veía en la piel un tinte amarillito, no sólo en el rostro sino en las otras partes del cuerpo... la enferma no tenía más que piel y huesos; estaba flaca, extenuada, hasta tal punto que no se la conocía; tenía la piel pegada á los huesos; su aspecto era cadavérico, la respiración anhelosa y la voz muy baja.» Las deposiciones de los demás testigos son idénticas.

26. Estando la infeliz jóven reducida á tal extremidad, no es extraño que se perdiesen las esperanzas de salvarla. El segundo testigo dice discretamente: «Tanto por lo que declaraba el médico en sus visitas, como por lo que se veía, la opinion general de las religiosas del monasterio, era que María Luisa no sólo no recobraría la salud, sino que tardaría poco en morir, hasta tal punto se habian agravado ya en los últimos tiempos los mencionados síntomas.» La Hermana enfermera confirma estas palabras. «Todos estos síntomas, dice, eran cada vez más amenazadores; me persuadí que la gangrena habia hecho progresos, pues se percibía en la celda insoportable hedor; el aliento de la enferma era sobremanera infecto; juzgué, y se lo dije, que no vivirla mucho.» Lo mismo manifiesta la Madre superiora: «Por las palabras del médico y lo que que veía yo misma, creí que no habia ya esperanza de curacion. Pocos días antes de cesar en sus visitas, el médico me declaró que no llegaría hasta la caída de las hojas, como supuso primero, sino que moriría de un esfacelo.» Oigamos al médico: «La enfermedad se agravaba siempre; no habia ya recurso; y convencido de que la enfermedad consistía en un cirro del estómago ó en un mal análogo, la juzgué incurable.» El resultado fatal era manifiesto; las fuerzas de la naturaleza estaban agotadas, y la impotencia de los remedios para producir un efecto saludable cualquiera, denotaba claramente la existencia de un cáncer incurable.» «Me persuadí firmemente, dice el testigo quinto, de que la enferma no podía curar, porque no sólo los remedios no procuraban ningun alivio, sino que además el mal iba en continuo aumento: por lo

demás, tal era la opinion del médico al fin de sus visitas.» El doctor exhortó á la enferma á que implorase el socorro del cielo, *porque él no le podía procurar ningun alivio.*

Del medio ó de la invocacion.

27. En tan doloroso extremo recurrióse, como ya he dicho, al patrocinio del bienaventurado José Labre, cuya Imagen estaba colgada cerca de la enferma. El Bienaventurado no desoyó la súplica de esa virgen tan cruelmente torturada por la enfermedad, y aunque recibió de ella palabras ofensivas, vengóse de una manera digna de un habitante del cielo. María Luisa nos relata admirablemente esta curacion milagrosa. «Mientras me retorcia á causa de mis dolores, dice, la enfermera me sugirió que me encomendase al bienaventurado José Labre. Medio loca con los sufrimientos, y en un momento de extrema impaciencia, contesté: *No quiero hacer sino lo que él haga conmigo.* Entonces volviéndome hácia una imagen del Bienaventurado, colgada de la pared debajo de un crucifijo, añadí: *O devuélveme la salud, ó te echo al fuego con la cruz que tienes encima.* La enfermera formalizóse un poco al oír esto; y reflexionando yo luego en las palabras que acababan de escapármeme, me arrepenti y dije á la Hermana que, si yo hubiese muerto, este pecado no se me perdonara. Procuré consolarme con algunas buenas palabras, y me exhortó á que no me dejase turbar por tales pensamientos. Salí en seguida para ir al coro, como ya he dicho. Despues que hubo salido, hice actos de contricion por las palabras que habia pronunciado, y encomendéme con mayor ardor y confianza al Bienaventurado, y luego me adormecí. Estaba entre la vigilia y el sueño, acostada del lado derecho, con la mejilla apoyada en la diestra mano y los ojos cerrados. De pronto vi á un jóven de mediana estatura, con un vestido largo y un poco abierto por la parte del pecho, en el que brillaba luz vivísima, llevando impresa en el rostro celestial alegría. Acercóse á mi cama sonriendo, levantó la mano de abajo arriba, y me dijo: *Levántate, estás curada.* Volví en mí, y abriendo los ojos nada pude ver, por lo que creí en una ilusion satánica; con esta idea volvíme del otro lado, diciéndome á mí misma: *No me faltaba más que eso.*»

28. Luego añade: «Estaba acostada del lado izquierdo, Tomo v. 52

los ojos medio abiertos y bien despierta, puesto que oía cómo las religiosas rezaban la última hora en el coro, cuando llenóse mi celda de vivísima luz. Muy abiertos los ojos, incorporéme y vi al mismo joven resplandeciente de claridad, siendo particularmente tan intensa la que despedía su pecho, que mis ojos no podían soportar su brillo. Estaba vuelto é inclinado hácia mí, con los brazos un poco abiertos y levantados á la altura del pecho, vuelta adelante la palma de las manos; rodeábale luminosa nube y en ella aparecía inmensa multitud de Angeles resplandecientes de luz; tres angelitos de cuerpo entero, pero de estatura diferente, estaba el mayor y el más pequeño á la derecha del personaje, y el otro á su izquierda. El mayor ostentaba en la mano un lirio, el mediano una corona de flores, y el más pequeño un palo semejante á un bordon, estando los tres vueltos hácia el Bienaventurado. Quise arrojarle á sus piés y hablarle, pero no pude. Separóse entonces de la nube, y acompañado de los tres Angeles se acercó á mi lecho. Con el dedo del corazon hizo ostensiblemente sobre mí la señal de la cruz, primero en el estómago, luego en el cuerpo y por último en la frente, despues de lo cual me dijo: *Soy Benito José*. Profundamente conmovida al sonido de esa voz, dejé caer la cabeza en el almohadon, y él continuó: *He obtenido la gracia de curarte de cuatro fistulas en el estómago. Seas agradecida al Señor por la gracia que recibes. Vê á encontrar á la Superiora, refiérela el hecho, y dile que ordene la informacion. Observa con fidelidad la Regla; obedece á la superiora, y el Señor estará en tu ayuda en todo y por todo*. Me dijo aún otras cosas tocantes á la direccion de mi alma, y despues elevándose poco á poco la nube, desapareció. Las religiosas terminaban entonces el rezo de las Horas, pues les oí decir la *Salve Regina*. El ánimo de nuestros lectores está en suspenso y aguardan el resultado de la aparicion. Para no retrasarme, paso en seguida á la exposicion del otro extremo del milagro.

Del otro extremo del milagro, ó de la curacion.

29. La celestial vision desapareció al mismo tiempo á las miradas de la virgen acostada en su lecho; el estupor y el gozo invadieron su espíritu, sentimientos que aumentaron vivamente cuando, despues de haberse exami-

nado por todas partes, vió que no habia allí ilusion, sino una aparicion verdadera; con el celeste Protector habian desaparecido todos sus males crueles é indomables. «*Quedé estupefacta, dice, conmovida y llorando de gozo. Miré el estómago, y ya no habia la mancha livida que en él vi aún por la mañana: mi vientre, abultado y durísimo poco antes, habia recobrado su estado natural; no más dolores é incomodidades; la curacion era completa. Incorporéme, y en el instante en que me disponia á vestirme entró la enfermera. Viéndome conmovida, insistió por saber lo que me habia sucedido, preguntándome si me encontraba mal. No, le dije, no siento mal alguno; llamad á la Madre superiora. Saliendo de mi celda, llamé á la superiora en alta voz, y volvió diciendo: Si no te sientes mala, levántate. Entonces empecé á vestirme: cuando me encordonaba el corsé entró la Madre superiora, y no pude contestar á sus preguntas sino con lagrimas. El me curado, dije, mostrando la imagen del bienaventurado José, y al mismo tiempo la mostré mi cuerpo sin mal alguno. La superiora me dijo: Si está V. curada, vistase y venga al refectorio con nosotras. Al instante me vestí, y fui directamente al refectorio, precediéndome la superiora, que dió la noticia de mi curacion. Entré, pues, en la sala y ocupé mi lugar. Las religiosas estaban sorprendidas: ésta me preguntaba una cosa; aquella, otra; y yo les dije que satisfaria su curiosidad despues de haber comido. Una de las religiosas me recomendó que no comiese tanto, por temor de una indigestion; pero la madre superiora hizo observar que, si era un verdadero milagro, podia comer sin temor. Participé, pues, de la comida de la Comunidad, que consistió en sopa, cocido, legumbres y pescado; como tenia aún apetito, me dieron una tajada de jamon, un poco de asado, dos ó tres castañas cocidas, y bebí tres vasos de vino puro. En el mismo dia merendé una torta, y en la cena comí ensalada, carne, media salchicha y una rebanada de pan con confitura. Las funciones del cuerpo se cumplieron en este dia naturalmente sin evacuacion extraordinaria. A la hora correspondiente me acosté y dormí toda la noche, durante la cual reaparecieron los méntros, lo que no habia tenido lugar en muchos meses.*»

30. Confirman este relato los testimonios de las otras religiosas: citaremos con preferencia el de la superiora. «*Terminado el rezo de las Horas, dice, me dirigí al refectorio con las religiosas, mientras que la enfermera volvía*

al lado de María Luisa; en breve me previnieron que la Hermana enfermera me llamaba en alta voz y con instancia: le contesté que acudiría despues de la bendicion de la mesa. Fui, en efecto, á la celda de la enferma, y hallé á María Luisa en disposicion de vestirse; me mostró el cuerpo, diciendome que nada tenia, que el bienaventurado José la habia curado. Su emocion era tan grande, que apenas podia explicarse. En breves palabras me refirió que el bienaventurado Labre se le apareció en persona con muchos Angeles, que le habia hecho la señal de la cruz en la frente, en el estómago y en el cuerpo, y eso de una manera visible: añadió que el Bienaventurado le dijo que habia obtenido curarla de cuatro fistulas del estómago, recomendándole que fuese fiel á la Regla y á la obediencia, asegurándole que el Señor la ayudaria en todo y por todo, y últimamente que le habia ordenado decir á la superiora que pidiese la informacion. Este relato me conmovió de un modo indecible, y ardía en deseos de comunicarlo á nuestras religiosas; así es que dije á María Luisa: Si está V. verdaderamente curada, vístase y venga al refectorio. Fui yo misma á anunciar á las religiosas que el bienaventurado Benito José habia curado á María Luisa, y poco despues ella misma refirió á sus compañeras, sobrecogidas de indescriptible asombro, lo que me habia ya comunicado. Sentóse en seguida á la mesa, compartió la comida de la Comunidad, y comió además un pescado, castañas, tocino, sin que recuerde ahora si era jamon ó saladillo, y bebió tres vasos de vino. Por merienda comió una torta, y á la cena tomó de todo lo que fué servido á la Comunidad y creo que algun otro manjar más.»

31. Aquel día el médico estaba ausente, pero acudió en el siguiente. Sepamos por sus mismas palabras cómo halló á la religiosa: «Cuando fui llamado despues de la curacion, encontré á María Luisa en pié, en el locutorio, y quedé sumamente sorprendido. Su fisonomía era la de una persona sana; tenia las carnes firmes, y me declaró que no sentia ningun dolor ni sintoma alguno mórbido. Refirióme que, inmediatamente despues de la aparicion, comió en abundancia, no sólo de lo que se sirvió á las religiosas, sino tambien tocino y frutas, y que bebió tres vasos de vino: que la misma noche despues del milagro reaparecieron los ménstruos, de los que estaba privada hacia muchos meses. Dijele que permaneciese en cama la

mañana siguiente para que pudiese visitarla. A mi vuelta examiné, exploré el bajo vientre y el conjunto de la persona: le hallé las carnes firmes; apenas se le reconocia; la forma mórbida habia desaparecido enteramente.»

32. Aunque en esta clase de enfermedades no se pueda invocar crisis ni metástasis, citaré no obstante, para más amplia demostracion, ciertos testigos que establecen de un modo claro que nada de todo esto se produjo. «No tuve, dice la miraculada, crisis ni metástasis, y absolutamente nada veo que pueda hacer suponer una ú otra de estas cosas. Los síntomas mórbidos desaparecieron instantáneamente, como instantáneamente tambien pasé del estado de enfermedad grave al de salud perfecta.» Véase ahora el testimonio de una persona muy competente, el de la Hermana enfermera: «María Luisa me dijo que las funciones del cuerpo recobraron su curso normal el día mismo de su curacion, sin que le sobreviniera ninguna crisis, desórden ó evacuacion extraordinaria. La curacion de María Luisa fué instantáneamente completa; no estuvo sujeta á metástasis alguna, ó traslado del mal de una parte del cuerpo á otra: todos los síntomas morbosos desaparecieron instantáneamente.» Del mismo lenguaje usa la superiora: «Sin duda la curacion fué instantánea, sin crisis alguna y sin que el mal pasase de una parte del cuerpo á otra; ciertamente todos los síntomas mórbidos desaparecieron en un instante. A las numerosas preguntas que se le hicieron, María Luisa contestó que estaba tan bien, que nunca se encontró como aquel día.»

33. Por lo que concierne á la continuacion de la salud, séame permitido escoger algunas citas entre muchas otras. «A partir del día de mi curacion, dice la miraculada, pude desempeñar sin incomodidad los cargos de la vida religiosa que se me habian señalado; entre otros el oficio de panetera, el de portera en la casa de campo, y tambien el cuidado de la ropa blanca en union de otras religiosas. Asimismo desde dicho día me sustenté al par de la Comunidad, comiendo tanto de carne como de vigilia; observé los ayunos de la Iglesia y los prescritos por nuestra Regla, sin experimentar ningun dolor en el estómago. Aquel mismo día fui al coro, y sin fatiga pude salmodiar con las demás religiosas, lo que continúe y continúo aun al presente. Desde mi curacion me es fácil dedicarme á todos los ejercicios del monasterio, lo que no pude hacer antes, porque estaba siempre enferma ó in-

dispuesta.» Y algo más adelante: «Después de mi curación no he sentido síntoma alguno que pueda hacerme sospechar que no había desaparecido toda la causa mórbida, como si hubiese sobrevenido alguna metástasis.» Los demás testigos confirman en sus deposiciones lo que acaba de referirse.

34. Demos mayor fuerza á estos testimonios con el dictámen oficial del médico perito; extractamos lo que sigue como muy digno de notarse: «Las respuestas claras y precisas que ha hecho indican un perfecto cumplimiento de todas las funciones digestivas, empezando por el apetito y terminando por el acto de la defecación. Tales asertos tienen á nuestros ojos un grado de certeza que nada deja de desear, puesto que descansa en el testimonio de un alimento regularmente tomado y de la reproducción de las carnes; á lo que se añade la integridad de las vísceras del bajo vientre, integridad atestiguada por el tacto y la percusión, de donde resulta que no hay apariencia alguna de desórden material en el estómago ó en sus funciones, como tampoco en el hígado, los intestinos, y en una palabra, en todas las vísceras destinadas al trabajo de la digestión, y que en el tiempo de la enfermedad estaban en tan mal estado. Por estos motivos, con ánimo seguro y tranquilo, declaramos que la Rda. M. María Luisa de la Inmaculada Concepcion curó perfectamente, y que no le quedó vestigio alguno material ni funcional de la pasada dolencia.»

35. En semejante estado de cosas tienen derecho, los que han seguido todas las evoluciones del suceso, en contar entre los milagros de la Omnipotencia divina la curación de nuestra religiosa. El cirujano Emigdio Olisse, seguro de la curación de María Luisa, escribe: «Tamaño curación no pudo obtenerse instantáneamente sin un milagro, y yo la tengo por milagrosa.» «La opinión pública, dice á su vez Mancenetti, considera como milagrosa la curación de María Luisa, y yo la creo también tal, pues esta enfermedad no podía ser curada instantáneamente por las fuerzas de la naturaleza ni por los remedios de la ciencia médica.» Las apreciaciones de los demás testigos son en todo semejantes.

36. Esta creencia general, corroborada por el dictámen de los sabios peritos, nos hace presagiar como cierto que será del agrado de los reverendísimos miembros de este sagrado Tribunal el reconocer aquí, en su discreción

y piedad, la existencia del milagro, y afirmar con sus respetabilísimos votos su cumplimiento real. De concier-to con el celosísimo postulador de la causa, el Rdo. Padre D. Francisco Virili, misionero apostólico, os lo pedimos de todo corazón y humildísimamente.

HILARIO ALIBRANDI.

CAPÍTULO II.

Discusion del milagro.

I.—OBSERVACIONES CRÍTICAS DEL PROMOTOR DE LA FÉ.

§ 1.º—Del primer término del milagro.

1. Extraño parecerá tal vez el título dado á la enfermedad de que nos ocupamos, refiriendo la persona curada que el bienaventurado Benito José, al aparecersele, se expresó de esta suerte: *He obtenido curarte de cuatro fistulas en el estómago.* ¿Por qué á un diagnóstico celestial sustituir otro? Pero cesará la extrañeza, si reflexionamos que es imposible se produzcan fistulas en la membrana tan delicada del estómago, esto es, en las cavidades sinuosas interiormente ocultas, y eso porque la más insignificante perforación del estómago ocasiona una muerte pronta. Por lo demás, en sus dictámenes la sagrada Congregación toma poco en cuenta esta clase de apariciones, y nunca hace depender de ellas el diagnóstico de una enfermedad, sino de pruebas y argumentos físicos. Digamos además que las mismas religiosas no dieron fé plena y entera á esta aparición, como puede juzgarse por estas palabras de una de ellas: *puse en duda la aparición del Bienaventurado*, y por estas otras de la misma: «Siempre creí y creo aún firmemente en el milagro; pero no en todas las particularidades que se dice lo acompañaron.» ¿Qué hay que deducir de esto? Que nuestra curada, de carácter vivísimo, se dejó arrastrar por el ardor de su imaginación, y que por consiguiente, nunca se obrará con excesiva prudencia en esta discusión. Así con justo motivo el emi-nente defensor de la causa se ha abstenido de dar al mi-